

Arqueología e historia oral de la vida internodal en la Puna catamarqueña (Argentina)

Archaeology and oral history of internodal life in Catamarca's Puna (Argentina)

Diego Zamora ^a

<https://orcid.org/0000-0003-3593-3225>

Resumen

En este trabajo se analizará la interacción intra e interregional de los habitantes de la Puna catamarqueña en el lapso comprendido entre mediados del siglo XIX y finales del XX, desde la perspectiva de los estudios Internodales. La investigación articuló dos fuentes principales de datos: el registro arqueológico generado directamente sobre las vías de circulación y la memoria oral recuperada a partir de entrevistas realizadas a diversos informantes que participaron en viajes de intercambio y arriería hasta mediados del siglo XX, entre la Puna catamarqueña y regiones vecinas.

La información obtenida nos permitió identificar ciertas continuidades en el uso del espacio y en la forma de aprehender y conceptualizar los lugares asociados al tráfico y a otras actividades internodales.

Palabras clave: Estudios Internodales; Historia Oral; Arqueología Histórica.

Abstract

In this paper, we analyze the intra and interregional interaction of the inhabitants of the Catamarca's Puna region during the middle of XIXth century to late XXth century, using the Internodal Studies theoretical and methodological framework. The research articulated two main sources of data: the archaeological record generated directly over the roads and trails and the oral memory recovered from interviews done to informants that participated in muleteering journeys until middle XXth century, between the Catamarca's puna and neighboring regions.

The information obtained allowed us to identify continuities in the use of space, and in the way of comprehend and conceptualize the places associated with traffic and with other internodal activities.

Keywords: Internodal Studies; Oral History; Historical Archaeology.

a Instituto de Arqueología y Museo, Facultad de Ciencias Naturales e IML, Universidad Nacional de Tucumán - Instituto Superior de Estudios Sociales, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/Universidad Nacional de Tucumán. San Martín 1545, San Miguel de Tucumán, Tucumán (4000), ARGENTINA. Correo electrónico: dzamoranasca@gmail.com.

Introducción

Las poblaciones de la Puna de Atacama formaron parte desde momentos muy tempranos de una serie de redes de interacción interregional, características del modo de vida andino. En el período comprendido entre mediados del siglo XIX y finales del XX, esta interacción implicaba tanto una dimensión económica de complementariedad como una dimensión social y simbólica: las relaciones que se establecían entre las familias y/o individuos que formaban parte de la red eran de carácter duradero y en algunos casos hereditarias.

Estas interacciones entre grupos y familias a larga distancia se sustentan en prácticas de movilidad que implican una red de caminos y de lugares con una trama de significados y memorias individuales y colectivas. Las poblaciones estables (nodos) suelen estar separadas por espacios con escasa o nula población permanente (espacios Internodales), en donde se desarrollaban diversas prácticas más allá del desplazamiento de personas y animales.

Las rutas que conectaban estos nodos (entendidos como las áreas que concentran las actividades y la población) discurrían a través de los espacios internodales, entretejidos por lo tanto con significados y actividades. También se sucedían encuentros y desencuentros, peligros y fortunas. Esta vida internodal se plasmaba en lo material de los senderos, *apachetas* y otras estructuras demarcatorias; así como en lo mnemónico y vivencial, en forma de recuerdos, relatos y toponimias (Abeledo, 2013; García et al., 2002; García & López, 2004; Morales et al., 2018, 2019; Nielsen 2001, 2017; Nuñez Srýtr, 2011).

Este trabajo propone abordar esta dimensión de la vida puneña en el período comprendido entre mediados del siglo XIX y finales del XX. La importancia de plantear la investigación en este rango cronológico reside en el paulatino proceso de desestructuración que devino a esta parte de la vida puneña, en mayor grado en las interacciones a larga distancia y en menor grado en la transhumancia relacionada al pastoreo, que aún persiste. Este cambio en los modos de transitar se debió en gran parte a la culminación de la construcción de rutas de acceso vehicular que permitieron la conexión de las poblaciones de este sector puneño con la ciudad de Salta (en la década del 1930) y después con la ciudad de Catamarca y localidades intermedias (en la década de 1970) por parte de los estados nacional y provincial. Esta conexión a la red vial provincial y nacional terminó de truncar la actividad de los viajes a larga distancia debido a que gran parte de su papel en la vida económica local se vio reemplazado por el tráfico de vehículos a motor. Esto se vio acompañado de un endurecimiento de la frontera argentino/chilena, proceso que ya venía afectando la movilidad puneña transcordillerana desde finales del siglo XIX hasta llegar a un momento álgido con el minado de los pasos no oficiales durante los conflictos territoriales a finales de la década de 1970 (Molina, 2011). A su vez, durante mediados y finales del siglo XX se empezaron a establecer comercios en los pueblos en estudio, en

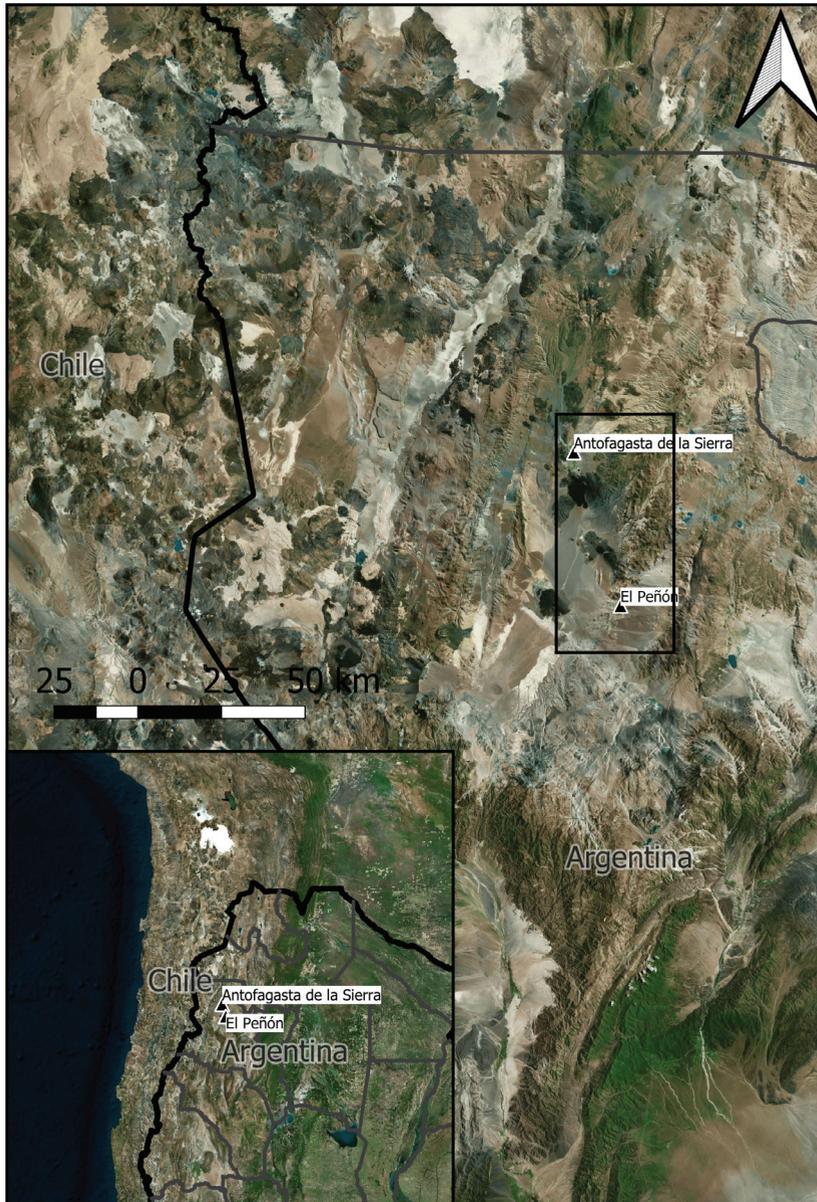
los que muchos de los productos que antes se adquirían por cambalacheo ahora pueden adquirirse por dinero (aunque la lana en bruto y en artesanía sigue actualmente funcionando como bien de cambio en algunos casos), y a su vez una presencia estatal más fuerte que llevó aparejada el surgimiento de fuentes de empleo municipales y dependientes del estado, las cuales empezaron a ocupar una porción considerable de los ingresos de los grupos familiares. Ocupaciones dentro de las fuerzas de seguridad, empleos administrativos en las municipalidades, empleos relacionados a la docencia y la educación, organismos como el INTA y los planes sociales permitieron (especialmente después de la vuelta a la democracia en la década de los años ochenta) el acceso a dinero en metálico (Abeledo, 2013; García et al., 2002). Estos cambios en las lógicas económicas locales llevaron a un paulatino abandono de muchas de las rutas utilizadas para los viajes de intercambios, aunque algunas siguen siendo utilizadas para el aprovisionamiento familiar de productos como la sal, así como para el acceso a pasturas y puestos (García & López, 2004).

Nuestra área de estudio comprende a dos localidades de la puna Catamarqueña, Antofagasta de la Sierra y El Peñón, así como a espacios relacionados con las mismas (Sectores con senderos, vegas, puestos, con escasa o nula población permanente).

El área de Antofagasta de la Sierra se localiza en la porción Norte de la provincia de Catamarca, dentro del sector meridional de la Puna Argentina. Los ríos Punilla, Miriguaca y Las Pitás conforman una cuenca endorreica que desemboca en la Laguna Antofagasta, conformando vegas y ambientes aptos para el asentamiento humano debido a los recursos estables y concentrados. Las quebradas de Curuto y Paicuqui se encuentran en el pedemonte occidental de la caldera del Volcán Galán, y están atravesados por la vega de Curuto y por el Río Punilla, ambos de aguas permanentes. El área de Carachipampa se localiza al sur de Antofagasta de la Sierra, se trata de una extensa planicie endorreica, en la que desembocan los arroyos Pirica y Colorado (ambos de aguas estacionales/espóradas) en la Laguna y salar de Carachipampa. El Peñón es una localidad ubicada sobre la parte baja de la gran vega del río homónimo, que vierte sus aguas en Carachipampa. Peñas Chicas del Peñón es la denominación local de un cono de deyección que desciende de la ladera occidental de la sierra Laguna Blanca, y que sirve de paso al abra de Pasto Ventura (Paoli, 2011)

Siguiendo la perspectiva teórica metodológica de los Estudios Internodales, las dos localidades en estudio se constituyen como nodos, y los espacios relacionados como espacios internodales. En este trabajo analizamos parte de este espacio internodal desde dos fuentes: el material/arqueológica, y la de la historia oral. De esta manera se buscará caracterizar las rutas, la logística, el uso y las conceptualizaciones que regían la relación con el paisaje, así como las características del registro antrópico que estas actividades produjeron.

Figura 1: Mapa general de la ubicación del área de estudio (elaborado por el autor con el software QGIs).



El tráfico y los viajes en la puna catamarqueña

En los dos casos analizados, Antofagasta de la Sierra y el Peñón, los viajes interregionales existían como una respuesta a la necesidad del autoabastecimiento familiar en las poblaciones puneñas, ya que permitía intercambiar productos de áreas productivas complementarias, la puneña especializada en productos relacionados a la actividad pastoril y la minería y cantería artesanal (lanas y textiles, charqui, chalona y cueros, hierbas aromáticas y medicinales y minerales como la sal, el alumbre y la coipa) y los valles mesotérmicos, agrícolas, con una industria artesanal enfocada en los alimentos y las bebidas alcohólicas y con acceso a bienes industriales (frutas, granos, tubérculos, aguardiente, vino, productos de origen industrial tales como ropa, hierro, medicamentos) Éstos viajes transcurren en una red de senderos que conectan espacios que concentran recursos (agua, leña y pastos) fundamentales para la logística de la movilidad. A su vez, estas redes vinculan a espacios que permitían actividades extractivas (afloramientos minerales, salares, áreas de caza), así como a otras localidades en las que se realizaban actividades de intercambio, comerciales y sociales. La configuración de la red de senderos podría asumirse como la consecuencia de la trama de relaciones y lazos sociales y filiales entre las familias e individuos a través del tiempo (García et al., 2002; Jakel, comunicación personal, 2018).

Los habitantes de los poblados en estudio viajaban al bolsón de Fiambalá y el valle de El Bolsón al sur, los Valles Calchaquíes al este, a otras localidades de la puna catamarqueña y salteña al norte, y hasta mediados del siglo XX, se realizaban también viajes a lomo de mula o caballo hasta Chile y Bolivia. Asimismo, viajeros de estos países llevaban mercadería para “cambalachear” (vender/intercambiar) hasta la puna catamarqueña (García et al., 2002; Molina, 2010, 2011).

Arqueología de los senderos, el paisaje y la memoria internodal

El paisaje y el recorrer

Para abordar el tema de investigación es necesario definir los conceptos en torno a los cuales se aglutina nuestro marco teórico. Para esto comenzaremos por definir el concepto polisémico de paisaje, como espacio o medio en donde transcurre la vida humana, y en el que se da el fenómeno del tránsito y el movimiento. A continuación, buscaremos articular estos conceptos con elementos de los marcos ontológicos andinos, especialmente los referidos al paisaje y el hecho de recorrer.

Un paisaje es un medio en constante construcción dialéctica, aprehendido y reproducido por los que lo recorren y habitan. El espacio producido socialmente combina lo cognitivo, lo físico, lo emocional y la memoria, en algo que siempre está abierto a la transformación y

al cambio; algo constituido por diferentes densidades de la experiencia humana, el apego y el “involvement” (Tilley, 1994).

De esta manera, un paisaje atravesado por una red de circulación está conformado por el espacio físico no antrópico, la percepción física corporal del mismo por los humanos, y el espacio mental cognitivo que se construye con el movimiento, el encuentro y la interacción entre personas y entre personas y entidades no humanas. Es por esto que los caminos, senderos y vías de circulación son elementos muy significativos para el estudio de la percepción y el movimiento a través del paisaje, ya que los mismos encarnan ideología, poder e identidad en su producción y reproducción, y forman parte intrínseca en la construcción social del mundo (Witcher, 1998).

En el acto de recorrer, la persona que viaja revive un itinerario configurado como un relato, atravesando espacios y significados que se despliegan frente y tras el observador (Tilley, 1994), espacios que no son en ningún modo abstractos o neutrales o “desiertos”, sino historiados y producidos por la vivencia humana (Ananchev, 2013).

Por esto, las relaciones de la gente con los espacios están también mediadas por el evento y la memoria, de manera que lugares, hitos y áreas enteras entran en el universo mítico, reforzando la memoria comunitaria y siendo alimentado por ella. El acto de vivir en el mundo, orientarse y desplazarse marca la suave transición entre la memoria corporal y la memoria de los lugares. Las “cosas” recordadas están intrínsecamente asociadas a lugares, los cuales se conforman como lugares de memoria espontáneos que funcionan ofreciendo un apoyo a la memoria que falla. Estos lugares permanecen como inscripciones, monumentos, mientras que los recuerdos transmitidos únicamente por vía oral tienen menos permanencia. Los lugares habitados son muy memorables, y son evocados por la memoria declarativa. Asimismo, el hábito del movimiento y la vida dentro de un espacio deja marcas que pueden reconstruirse posteriormente (Ricoeur, 2000).

Dentro de este paisaje fuertemente “mnemonizado”, el acto de recorrer senderos conocidos se enlaza con el trabajo de la memoria y el relato, en el que se recorren senderos cognitivos y emocionales jalonados de recuerdos, situaciones y lugares. Los caminos, como elemento omnipresente en un paisaje antropizado, encarnan relaciones de poder, ideología e identidad, y están íntimamente envueltos en nuestras construcciones sociales del mundo.

Si bien no consideramos que lo anteriormente desarrollado sea totalmente extrapolable a las comunidades actuales y subactuales de la puna de Atacama, creemos que es funcional para entender las formas en que la relación entre la espacialidad, el recorrer y la memoria individual y social podrían enlazarse en estas poblaciones. En éstas, la realización de viajes de larga distancia y la propia movilidad trashumante propia del pastoreo, solos y en compañía, habrían funcionado como una fuerza de producción y reproducción social e identitaria, tramando las redes relacionales entre el individuo, la familia y los vínculos, el

paisaje y las entidades regentes de estos espacios y actividades. El recorrer los caminos, aprendiendo y reconociendo marcas y significados, teniendo encuentros con otros viajeros y contacto con relatos y espacios historiados, puede verse como una forma de memoria social/familiar materializada en el paisaje (Ricoeur, 2000) construyéndose al caminar tanto elementos mnemónicos materiales (las huellas de los senderos en sí, los elementos descartados por los viajeros, las estructuras demarcatorias, de pernocte y rituales) como derroteros mentales individuales y colectivos. Estos derroteros toman la forma de una serie de hitos o lugares encadenados como cuentas de un rosario, con historias personales o heredadas que cimentan estos espacios en una forma narrativa. Como ya vimos, el paisaje consiste en diferentes significados y valores, y esta relación está constituida por una construcción permanente de significados y valores (Ananchev, 2013).

En los Andes, los paisajes sociales se crean a través de la formación y la experiencia de lugar, memoria, tiempo y movimiento. A través de la naturaleza relacional del paisaje, el movimiento le permite a la persona el orientarse en relación a lugares u objetos familiares, inmersos en un universo mítico/histórico en el que cada rincón está en mayor o menor grado ejerciendo fuerzas sobre el viajero.

Los estudios Internodales: lo material del recorrer

Los estudios Internodales son un marco teórico-metodológico que define al espacio como una red de nodos (áreas de cruzamiento o vértices de una red de interacción (Nielsen, 2006), conectados con espacios internodales o internodos. Un nodo en el caso puntual en estudio sería un espacio con una ocupación humana permanente o semipermanente, en el que se dan actividades productivas y reproductivas y hay un uso relativamente intenso del espacio. Los internodos, por el contrario, son los espacios con muy poca o nula densidad poblacional, en los que las actividades y las ocupaciones son de tipo esporádico y poco intensivo y que son principalmente utilizados como vías de paso.

Los conceptos de nodo-Internodo no buscan, sin embargo, continuar la visión o el entendimiento espacial actual, en el que existen “lugares” y vacíos intermedios los cuales son recorridos con la única finalidad de arribar a otro “lugar”. En particular en casos como en sociedades pastoriles como las puneñas, el ciclo anual de actividades genera mucho movimiento inter e intra regional, en el que los habitantes recorren grandes espacios realizando diversas actividades durante el ciclo anual de la movilidad trashumante (Berenguer & Pimentel, 2017; Nielsen, 2000, 2017). Es por esto que resulta interesante el visualizar a los nodos y a los internodos dentro de la metáfora que plantea Tim Ingold (2011): los “lugares” o nodos son nudos o entrelazamientos de rutas y trayectorias, tanto físicas como imaginarias, ligadas a la memoria y a las historias de vida de sus habitantes. Estas líneas se encuentran más densamente entrelazadas en estos “lugares”, pero se proyectan

hacia otros espacios, generando otros entrelazamientos de mayor o menor densidad. Los espacios internodales serían las áreas entre los nodos más densamente entrelazados, pero que también contienen nudos menos densos en donde se dan encuentros entre el paisaje, humanos y no humanos (Ingold, 2011).

Desde lo arqueológico, los sitios identificados como asentamientos permanentes o semipermanentes se consideran los espacios nodales, en los que se desarrolla una mayor densidad de actividades y ocupaciones. Los espacios internodales son los espacios intermedios en donde se encuentran, necesariamente, los caminos y senderos que conectan los nodos, así como las estructuras, materiales y espacios asociados a la vida internodal.

Nielsen (2006) definió dos grandes clases de ocupaciones en los internodos, categorías generales que permiten anticipar formas en las que podría expresarse la materialidad internodal: las ocupaciones de *tránsito* y las *extractivas*.

Las *ocupaciones de tránsito* se refieren a la circulación entre nodos, tanto por personas a pie, o acompañados por caravanas y animales de carga, como por vehículos rodados, ya sea transportando bienes o no. Esta categoría contempla todas las actividades que se llevan a cabo en un contexto de tránsito, tales como las relacionadas con el manejo y cuidado de la tropa, el descanso de los viajeros, el mantenimiento de sus equipos, la preparación y consumo de bienes o la ritualidad caminera. Estas actividades generan evidencia material que es posible identificar arqueológicamente, como las vías de tránsito en sí mismas, características formales de éstas últimas que permiten inferir el tipo de movilidad, ya sea caravanera con llamas o equinos, o peatonales (Pimentel, 2013), campamentos de diversa envergadura, estructuras demarcatorias y/o rituales, arte rupestre y restos de consumo de bienes.

Las *ocupaciones extractivas* comprenden un espectro de actividades mucho más diverso, no relacionado directamente con el tráfico sino con la obtención de recursos específicos. Estos recursos son explotados bajo diferentes modalidades, ya sea de manera estable, pero de régimen periódico (como en el caso de las pasturas de altura a las que se recurre en épocas determinadas del año productivo) o por grupos temporarios de tareas y/o por individuos solos (como las áreas de caza y recolección de especies silvestres, las minas, canteras y salinas). La evidencia material de este tipo de ocupación es tan diversa como las actividades de las que eran producto: campamentos relacionados a canteras taller y minas, puestos de pastoreo, áreas acondicionadas para la caza mediante la construcción de refugios y parapetos, campamentos estacionales, estructuras de acopio, etc.

Ya descritas las características esperables de un registro arqueológico internodal, pasaremos a plantear las dificultades que presenta el mismo. El registro arqueológico del tránsito suele ser muy magro y poco visible, y la inversión de esfuerzo en la construcción de estructuras de reparo y en el mantenimiento de senderos es mínima. Asimismo, el espacio

internodal se caracteriza por la baja densidad de ocupación, por lo que las evidencias, además de magras, están muy dispersas en áreas muy extensas.

Para muestrear estos espacios se debe comenzar estableciendo “corredores de tráfico”, entendidos como áreas que, por su configuración topográfica, concentración de recursos importantes para viajeros (agua, combustible, pastos, lugares de refugio) y por presentar el derrotero más directo o de menor esfuerzo entre nodos, puede esperarse hayan sido utilizados reiteradamente para el tránsito. La redundancia del uso en estos espacios generaría una mayor frecuencia y concentración en los vestigios materiales relacionados al tráfico, y por lo tanto su visibilidad arqueológica (Nielsen, 2006).

Las rutas de circulación tomadas como artefacto o rasgo pueden definirse con una serie de conceptos que, si bien son utilizados mundanamente como sinónimos, presentan diferencias importantes a nivel analítico. Utilizaré la tipología propuesta por Pimentel (2013), quien toma algunas definiciones de Earle (1991) y Trombold (1991), describiéndolas desde las más amplias hasta las más discretas:

-Ruta: Es la categoría más amplia, y se utiliza para describir derroteros no necesariamente tangibles, como serían las rutas aéreas y marítimas.

-Vía de Circulación: define a trayectos tangibles y específicos, pero sin aclarar la magnitud ni la naturaleza de los mismos.

-Caminos: Los caminos son vías formales que evidencian una construcción planificada y un mantenimiento periódico, suelen estar relacionadas con organizaciones de carácter estatal o con importante mano de obra disponible.

-Senderos: Son las sendas informales caracterizadas por un trabajo mínimo o nulo en cuanto a su creación o mantención.

Asimismo, se utilizaron las consideraciones que realizó Pimentel (2013) acerca de la morfología de los senderos en el área atacameña. El autor sostiene que el registro arqueológico de los senderos suele encajar dentro de dos tipos de patrones de disposición: entrelazados y paralelos. Los senderos entrelazados suelen ser sinuosos y con alta frecuencia de superposiciones, debido a la marcha no lineal de las llamas cuando transitan en espacios abiertos. Los senderos paralelos, por su parte, son producto de la marcha rectilínea de los equinos y bovinos. Esta clasificación no se considerará como definitiva, pero a los fines de una diferenciación preliminar entre las vías prehispánicas y las históricas resulta operativa (Martel et al., 2017).

Metodología

El presente trabajo se realizó combinando dos fuentes de datos: los arqueológicos, recuperados en dos campañas realizadas en los años 2014 y 2017, y los de la historia

oral, obtenidos de entrevistas realizadas a tres habitantes de las localidades puneñas de Antofagasta de la Sierra y El Peñón.

El registro arqueológico se realizó en tres corredores: 1- Peñas Chicas del Peñón, una planicie que conecta el abra de Pasto Ventura (el cual es el paso natural hacia Laguna Blanca y los valles del Bolsón y Hualfin), al sur con el pueblo de El Peñón al norte; 2-Carachipampa, una extensa planicie que sirve de conexión entre El Peñón, Antofagasta de la Sierra y los valles de Abaucán y Saujil; y 3- Las quebradas de Paicuqui y Curuto, que representan el primer tramo de uno de los caminos circun-Volcán Galán que cruzan el internodo del volcán para alcanzar los nodos calchaquíes de Colomé y Molinos hacia el este y el Salar del Hombre Muerto hacia el noreste.

Como primer paso se realizó para los dos primeros corredores de tráfico un análisis de imágenes satelitales y aéreas (Google Earth), lo que permitió identificar los senderos que luego se recorrieron y registraron en el campo.

El “Corredor de Tráfico” 3 se tomó como base la crónica del viaje que realizó el geógrafo chileno Alejandro Bertrand (1884). A partir de la lista de topónimos y de la descripción del paisaje recorrido se trazó su posible derrotero.

Siguiendo ese derrotero mediante imágenes satelitales del área de las quebradas de Paicuqui y Curuto, buscando senderos o trazas visibles que conectaran las mismas con el paraje de Cancha Argolla, se pudo reconocer un sendero que llegaba hasta el paraje de Chorrillos. Con dicho reconocimiento, se planificó una prospección dirigida a ese sendero, registrando estructuras, rasgos y artefactos asociados, así como la posible identificación de otras vías.

En los tres “Corredores de Tráfico”, se registró el conjunto de rasgos, estructuras y artefactos asociados a los distintos senderos, con una recolección de la totalidad de los materiales de origen industrial e histórico, tales como vidrios y latas. El detalle de los análisis realizados se puede encontrar en Zamora (2019).

Por otra parte, el trabajo de recopilación de la historia oral se realizó a partir de cuatro entrevistas semiestructuradas a tres informantes de sexo masculino con un rango etario entre 85 años y 90 años (Guber, 2001). Los tres informantes se dedicaron durante su vida laboral a la actividad ganadera, así como a las diversas actividades que conforman la vida económica típica en la puna: agricultura de especies microtéricas a escala familiar, trabajo en minas y canteras, caza y recolección, empleos estatales y comercio local, y tráfico intra e inter puneño de productos diversos. Las entrevistas se realizaron en las casas de los pastores, dos de ellos habitantes del poblado de Antofagasta de la Sierra y uno de El Peñón. A modo de diferenciar a los entrevistados y de preservar su identidad, se utilizarán los siguientes seudónimos: A.C. y P.V. eran los viajeros de Antofagasta de la Sierra, y D.S. es el que habita en El Peñón. Las entrevistas se realizaron en un contexto ameno, con

la presencia de la hija de A.C. (cuyas acotaciones se sumaron a las de su padre, ya que servían de apoyo y de “letra” para el relato del anciano A.C.) y de la esposa de D.S. (que no participó activamente de la conversación pero estaba presente en la habitación).

Resultados

A continuación, se presentarán los resultados de las dos partes de la investigación, empezando por los resultados de las investigaciones arqueológicas para seguir con la información obtenida de los relatos de los puneños entrevistados. Finalmente se plasmarán los datos de tipo espacial en cartografía de elaboración propia producida con el software QGis.

Resultados arqueológicos

Corredor de tráfico de Peñas Chicas del Peñón. Se registraron cinco ramales de senderos, con 51 estructuras relacionadas directamente a los mismos. En éstos se observaron los dos tipos de patrones identificados por Pimentel (2013), en la mayoría de los casos superpuestos en el mismo ramal. Las estructuras son en su mayoría de tipo montículo o acumulación de rocas. Relacionado a uno de los montículos se recuperó un artefacto histórico (una botella de vidrio de mediados del siglo XX en adelante). Las estructuras de reparo constan de 16 parapetos, un recinto rectangular abierto y dos estructuras compuestas. Las estructuras presentan las mismas características constructivas: muros simples de pircado seco y de baja altura y una escasa selección de las rocas utilizadas. Esto manifiesta una escasa inversión de energía en la construcción de las mismas, una característica común en los campamentos caravaneros etnográficos y arqueológicos (Nielsen, 1997). En tres estructuras de reparo se recuperaron fragmentos cerámicos asignables a estilos formativos y tardíos (Martel et al., 2017).

Corredor de Tráfico de Carachipampa. La extensa planicie de Carachipampa media entre El Peñón en su extremo sudeste, Antofagasta de la Sierra en su extremo noreste y los pasos a los valles de Abaucán, Fiambalá y Saujil hacia el sudoeste. Registramos una vía de circulación compuesta por 17 sendas dispuestas mayormente de forma paralela, con algunos sectores con disposición paralela que llegan a conformar una vía de 60 metros de ancho. Al igual que con los senderos en Peñas Chicas del Peñón, esta superposición permite sugerir un uso continuado de los senderos desde momentos prehispánicos hasta momentos históricos, con un tránsito intenso durante momentos históricos, a juzgar por el ancho de las vías.

Figura 2: Detalle de senderos paralelos en Peñas Chicas del Peñón (foto de Alvaro Martel).



Se relevaron dos tramos de vía, el primero se extiende 9 km desde el paso que comunica El Peñón con Carachipampa hasta la entrada de la quebrada de Pirica, un paraje denominado El Jote por los entrevistados El Jote es la parte baja de la vega de Pirica, ubicada al pie de la colada volcánica del Volcán Carducci. Cruzando perpendicularmente esta vía se registró otro sendero que vincula la laguna de Carachipampa con el Jote. Se registraron también dos mojones históricos, asociados directamente a las vías, con material asociado (dos latas de conserva). Se relevó también un conjunto de estructuras alineadas muy homogéneas formalmente: se trata de acumulaciones de rocas con una selección de tamaño medianas a pequeñas y de clastos predominantemente de color blanco (cuarzo), de forma circular a subcircular de entre 1 m a 1,5 m de circunferencia y no más de 15 cm de altura. Estas estructuras se encuentran alineadas en sentido-este oeste a distancias variables una de otra, pero no más de 100 metros de separación. No se recuperaron artefactos asociados por lo que no es posible establecer una cronología relativa, pero

pueden generarse hipótesis sobre su posible relación o bien con prácticas ceremoniales camineras, con el establecimiento de linderos, límites entre pasturas o incluso entre territorios nacionales. Las vías norte sur desaparecen al norte de El Jote-Pirica, probablemente por el impacto antrópico de la construcción de la ruta actual. 6 km. al norte de la colada volcánica del Carducci se puede reconocer de nuevo, siguiéndose su trayecto otros nueve kilómetros hasta alcanzar el extremo sureste de la colada volcánica del complejo Los Negros. En este sector se registraron dos puestos pastoriles de tamaño mediano, entendidos éstos como espacios domésticos destinados al pastoreo temporal de la hacienda (Tomasi, 2005). Siguiendo la tipología propuesta por Göbel (2003) para las “estancias” y la forma en que los entrevistados nombran a tales lugares, los puestos son asentamientos de baja inversión constructiva, que forman parte de una red de asentamientos temporarios que permite a los puneños el manejo de sus pasturas, teniendo como eje central un domicilio o casa familiar ubicado cerca del centro poblado. Éstos se caracterizan por una baja inversión constructiva, y están formados generalmente por uno o dos corrales y un fueguero o cocina abierta a veces techada o semi cubierta que sirve de habitación, cocina y depósito. Es frecuente que éstos estén contruidos aprovechando el reparo natural que ofrece el paisaje, como aleros, grandes rocas, o en este caso las “bahías” que forma la colada volcánica (Martel et al., 2017; Zamora, 2019).

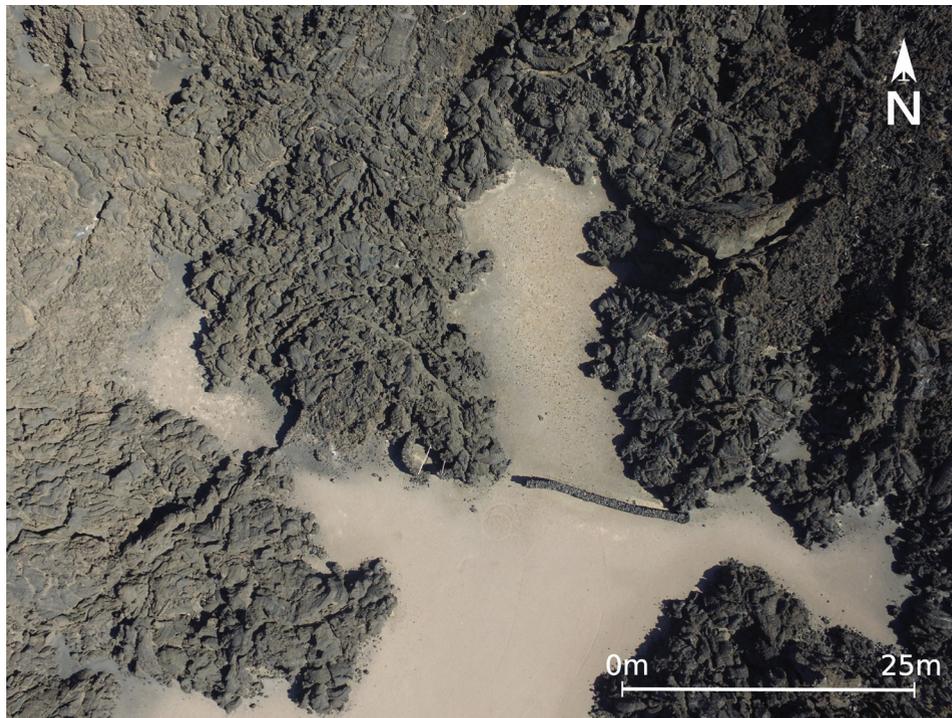
En el denominado puesto Los Negros, el mayor, se realizó una recolección de materiales históricos poniendo el foco principalmente en artefactos de vidrio y latas de conserva que pudieran datarse. Se recolectaron 11 artefactos, seis botellas de vidrio y cinco latas de conserva. Uno de los pobladores entrevistados para este trabajo es el constructor y propietario de este puesto (Figura 3).

Los caminos continúan por la ladera este de la colada volcánica, pero se hacen muy difíciles de seguir debido a que grandes clastos de material volcánico obstaculizan los senderos, cuyos trazos bordean la colada volcánica, y sobre ésta última se registraron áreas de dispersión de artefactos históricos, lo que permite inferir que se trataban de campamentos o áreas de pernocte. En esta área, la ladera este de Colada los Negros, se recolectaron nueve latas de conserva.

Un análisis tecnotipológico de las latas de conserva nos permitió determinar un rango cronológico relativo de entre mediados del siglo XIX para la más temprana, y mediados y finales del siglo XX para las más modernas¹.

Rodeando la colada volcánica y abordando nuevamente el corredor desde el Norte, se pudo constatar que los senderos continúan y finalmente pierden visibilidad al acercarse a la Laguna de Antofagasta, la cual consideramos parte del nodo Antofagasta de la Sierra. En la Figura 6, los corredores de tráfico 1 y 2 están indicados en el Recuadro N°1.

Figura 3: Foto desde un dron del Puesto Los Negros.



Corredor de tráfico de las quebradas de Paicuqui, Curuto y Toconquis. La prospección se inició desde el paraje de Peña del Medio de Paicuqui (3588 msnm), y se recorrieron aproximadamente ocho km de sendero y áreas próximas al mismo, hasta alcanzar el paraje de Chorrillos (3873 msnm).

Sobre el sendero se recolectaron cinco artefactos históricos: tres latas de conservas, un cencerro construido con una lata de conservas como cuerpo y un fragmento de herradura como “badajo”, dos herraduras y una soga de material textil sin teñir (Figura 4). Dos de las latas y un fragmento de herradura se recuperaron en relación a un potrero picado en la vega de Paicuqui, mientras que la otra lata, el cencerro, la soga y la herradura completa se recuperaron sobre el sendero, no relacionados a ninguna otra estructura. Los materiales recuperados son asignables al siglo XX.

En cuanto a estructuras relacionadas al sendero o en proximidad a éste, se registraron una serie de parapetos (se contabilizaron nueve, pero es probable que haya más) en una

pequeña abra, próximos a una cueva poco profunda con material lítico prehistórico en superficie.

El sendero continúa en uso actualmente por los pastores de la zona, para acceder a los puestos localizados en las vegas y quebradas próximas. En la Figura 6, el corredor de tráfico 3 está indicado con el recuadro N°2.

Figura 4: Artefactos recolectados sobre senderos prospectados. De Arriba hacia abajo y de izquierda a derecha: Una cuerda de atalaje de fibra animal, una botella de vidrio, una lata de conservas con soldadura de plomo (Siglo XIX) y un cencerro.



Análisis de las entrevistas

Se analizaron cuatro entrevistas realizadas a tres hombres de un rango etario comprendido entre los 80 y los 90 años y una mujer de 40, quienes participaron activamente de actividades internodales durante su niñez y su juventud: fueron pastores, cazadores, mineros, viajeros y comerciantes. Para preservar su identidad, se los identificará en este trabajo con los pseudónimos A.C., P.V. y D.S. En la entrevista al señor A.C., su hija M.C. estuvo también presente.

A.C. y P.V. eran de edad más avanzada y tenían sus viviendas en Antofagasta de la Sierra, mientras que D.S. vive en El Peñón.

Las entrevistas fueron no estructuradas, en cuanto a que se realizaron algunas preguntas muy generales tales como: “¿hacían viajes a los valles/a Chile?”, “¿qué caminos utilizaba?”, “¿qué comían/donde se refugiaban/cazaban durante los viajes?”, y se permitió que desde ellas, la charla se desenvuelva de la manera más cómoda para los entrevistados y tome a su vez los derroteros que ellos determinen.

Éstas se desgrabaron y procesaron utilizando una Matriz Cualitativa, ordenando las menciones que se agruparon dentro de tópicos emergentes, comunes a todos los entrevistados y funcionales a nuestro trabajo.

Para este trabajo en particular se tomaron tres tópicos, o corpus temáticos más o menos homogéneos: Información sobre derroteros utilizados para viajes a larga distancia (las vías y los tiempos de viaje), relatos sobre lugares significativos (incluye tanto menciones de lugares relacionados a la vida económica como a experiencias vividas en dichos lugares), y menciones sobre la vida en el camino (la vida cotidiana en los espacios internodales). Los resultados de las entrevistas se expondrán ordenados en dos acápites, el primero detallando las descripciones de derroteros utilizados y recordados por los entrevistados, y el segundo detallando elementos relacionados a la vida en los caminos, y a las dimensiones sociales que atravesaban los viajes. Algunas referencias se escribirán en tiempo presente, ya que algunas de estas actividades siguen realizándose.

Se buscará articular la información contenida en estos tres tópicos con la evidencia arqueológica antes citada y con antecedentes de trabajos etnográficos dentro de la temática de manera de recrear parcialmente la red de actividades y lugares internodales en el espacio estudiado. Esta información se volcará en material cartográfico (Figuras 5 y 6) que permitan visualizar la información en una dimensión espacial.

Destinos y derroteros

Al ser los tres hombres entrevistados oriundos de las poblaciones de Antofagasta de la Sierra (en adelante ANS) y El Peñón, ambas en la puna catamarqueña y a aproximadamente 40 kilómetros de distancia una de la otra, los puntos de origen de las narraciones de derroteros son estas dos localidades. Partiendo de ellas, se extiende una red de destinos y de áreas nodales, así como de diversas rutas. En las entrevistas recogimos estos “rosarios” de toponimias lo mejor que pudimos, buscando comprender las minucias y los detalles logísticos y temporales que estos recorridos implican. Estos lugares de destino, así como algunos de los derroteros fueron recogidos también por trabajos etnográficos anteriores, tales como Abeledo (2013), García et al. (2002), García y López (2004), Morales et al. (2018, 2019) y Nuñez Srytr (2011).

Las rutas utilizadas para estos viajes son por lo general senderos, “caminos de herradura”, formados y mantenidos para recorrer a pie y con animales y más recientemente en bicicleta y motocicleta. Estas rutas fueron en algunos casos “formalizadas”, es decir, transformadas en caminos rurales que permiten el tránsito vehicular, así como cartografiadas y registradas por exploradores durante el siglo XIX y principios del XX, organismos estatales y provinciales, y recientemente por empresas como Google (Hay numerosas huellas informales en la puna que fueron georreferenciadas por el proyecto *Street View* de dicha empresa) (Zamora, 2019; Martínez & Zamora, 2020).

Los tres entrevistados compartieron algunas rutas que aparentemente eran comunes a muchos viajeros, con algunas rutas y destinos particulares a los contactos y a la historia de vida de cada uno de ellos.

A.C., pastor y criador, habitaba al momento de la entrevista en una casa en la población de Antofagasta de la Sierra (lamentablemente el señor A.C. falleció recientemente). Durante la entrevista, su hija M.C. estaba presente y aportaba en las narraciones de su padre, aportando recuerdos y observaciones experimentadas por ella en los viajes y las actividades de trashumancia que realizaron juntos.

Oriundo de Catua, en la actual provincia de Jujuy, nos contó el paso en su juventud por numerosas minas y canteras ubicadas en las actuales punas de Salta, Jujuy y Catamarca: “...Cerro Colorado, San Cayetano, Casa de Zorro y Huaytiquina, en la mina de Olaroz y de Incahuasi (he trabajado)” (A.C., ANS, 2018).

Estos contactos con poblaciones y explotaciones mineras ubicadas al norte de ANS, se mantuvieron a lo largo de la vida del señor C. y esto se ve reflejado en los destinos a los que continuó viajando con fines comerciales y de intercambio.

Cuando dejó de trabajar en las minas, C. se asentó en ANS pero continuó haciendo viajes en bicicleta entre Tincalayo, ANS y Pastos grandes, comprando, vendiendo e intercambiando lana en bruto y productos textiles. También mencionó que en la población salteña de Pastos Grandes, el ferrocarril se detenía a cargar bloques de ónix extraídos de canteras salteñas y catamarqueñas, bórax y sal (eran transportados en camiones por las actuales rutas provinciales 43 y 17), y que en esas ocasiones se congregaba gente a realizar intercambios con los operarios del ferrocarril. El itinerario que A.C. recorría para conectar las poblaciones de ANS y Pastos Grandes es el siguiente: Salía de ANS, pasaba por Paicuí, Curuto y dormía en Punta Negra. Pasaba a Tincalayo en la siguiente jornada, después a Bequivil y después a Pastos Grandes.

Según lo que nos explicaron A.C., M.C., P.V. y algunas fuentes etnográficas, las jornadas de viaje se planteaban de modo de conectar lugares de pernocte con agua, pasturas y en muchos casos una mínima infraestructura preexistente de refugio para viajeros humanos y animales. Es por esto que las jornadas de viaje podían ser más o menos largas

en términos de distancia geográfica y de tiempo de reloj, dada la influencia que sobre el acto de recorrer tienen la distribución espacial de los espacios apropiados para el pernocte y la dificultad relativa del tramo de recorrido (el tipo de terreno, la escabrosidad del paisaje, la época del año).

El viaje entre las dos localidades en estudio (ANS y El Peñón), por ejemplo, era una jornada larga que podía completarse en un día si se daban las condiciones apropiadas, como explicó el señor A.C.:

“Cuando salíamos de Antofagasta temprano íbamos por el camino de más arriba. Para ir a la punta de agua del jote venía un sendero que iba por la punta del cerro casi, y cuando veníamos directo veníamos más abajo. (...) si ya veníamos tarde y bueno ya decíamos no pasamos a Antofagasta y ya ...hacíamos campamento en el jote. Si salíamos con tiempo de Antofagasta, llegábamos a el peñón y acampábamos en una lagunita o vega justo después del peñón. Si salíamos tarde dormíamos en el jote...” (A.C. y M.C., ANS, 2018)

Los destinos al sur de ANS, compartidos por los tres entrevistados, eran principalmente los valles de Fiambalá y del Bolsón, áreas de prepuna y valle intermontano con una fuerte producción agrícola y artesanal y con poblaciones medianas a grandes, comparadas con las puneñas. El paso al valle de Fiambalá es a través de una quebrada con un río, llegando hasta la localidad de Las Papas (Ratto et al., 2019). El paso al valle del Bolsón es por el abra de Pasto Ventura, el cual articula la circulación entre el valle en cuestión y las áreas de Laguna Blanca y el sector Puneño al norte (Figura 6).

El valle de Fiambalá está ubicado al sudoeste del área de estudio, y contiene las localidades de Chuquisaca, Palo Blanco, Las Papas, Tinogasta y el pueblo de Fiambalá, nodo a su vez de otras redes que conectan históricamente con el país vecino de Chile (García et al., 2002; García & López, 2004; Molina, 2011; Morales, 2018; Nuñez Srýtr, 2011).

Para viajar a Fiambalá, el señor A.C. mencionó que la gente que iba o venía haciendo el camino Antofagasta-Fiambalá, iba por el camino de Carachipampa (un Volcán y Laguna ubicado al este de Antofagasta y el Peñón), hacían una noche en el puesto Los Negros (Figuras 3 y 6), después en Carachipampa, Ojo del médano y Cortaderas (A.C., comunicación personal, ANS, 2018).

El puesto Los Negros fue construido por A.C. durante la década de 1960, buscando aprovechar las pasturas que aún existían en este paraje. El puesto y otros refugios de mínima inversión constructiva en el mismo sector habrían servido de lugar de pernocte provisorio para viajeros saliendo de ANS hacia el sur, aun no contando con agua para humanos y animales. Probablemente la cercanía relativa entre este sector y la laguna de Antofagasta hacían que este funcione solamente como un refugio de una noche desde el cual salir a primera hora hacia los destinos al sur, los cuales implican una jornada larga de viaje (como nos contaron A.C. y M.C., respecto al viaje ANS-El Peñón).

La otra área nodal de importancia al sur de las poblaciones de ANS y el Peñón es el Valle del Bolsón, ubicado al sudeste del área de estudio. Dentro del mismo se encuentran las poblaciones de Corral Quemado, Villa Vil, Los Nacimientos de San Antonio, Barranca Larga, y otros. Funciona como una vía de paso natural hacia el valle de Yokavil, en donde se encuentran las localidades de Puerta de Corral Quemado, Hualfin y Belén. Dentro de esta área, las localidades mencionadas como destino en las entrevistas son Corral Quemado, Villa Vil y los Nacimientos. A.C. y M.C. utilizaban la siguiente ruta para ir a Corral Quemado desde ANS: "...íbamos al Jote, del Jote íbamos a la orilla de Pasto Ventura, de Pasto Ventura íbamos a Corral Viejo, y caímos a Corral Quemado" (A.C. y M.C., ANS, 2018). Para la localidad de Villa Vil, en el mismo valle, el Informante 1 menciona la siguiente ruta: "...si por acá por este lado íbamos a Laguna Blanca, de aquí, de Pasto Ventura se separa el camino, iba a Laguna Blanca y abajo a los Nacimientos y de ahí a Villa Vil..." (A.C., ANS, 2018).

El señor P.V. también dedicó gran parte de su vida a la actividad pastoril y a la cría y el cuidado del ganado. Al momento de la entrevista realizada en 2018, vivía en una casa en el pueblo de ANS (El Sr. P.V. falleció recientemente). La entrevista se realizó en el patio de su vivienda, y al ser el entrevistado un hombre de edad muy mayor y con cierta dificultad en la audición, las preguntas y las respuestas fueron mayormente escuetas. Sin embargo, nos aportó descripciones de derroteros con gran precisión en lo temporal y logístico, además de narraciones muy interesantes acerca de la vida del criador puneño. En lo que respecta a las rutas y derroteros utilizados por el señor P.V. para sus viajes por caminos de herradura, nos describió el itinerario (detallando las escalas y las jornadas) para un viaje entre ANS y Fiambalá: La primera jornada era entre ANS hasta Carachipampa, después un día desde Carachipampa a Chuquisaca (ya en el valle de Fiambalá), y finalmente un día más de Chuquisaca a Fiambalá.

Hacia el este, los destinos eran poblaciones de los valles Calchaquíes, principalmente Angastaco, Gualfin y Molinos. P.V. mencionó dos rutas utilizadas por los viajeros de dos localidades distintas: "...la gente de Antofalla viajaba por el camino norte, por el salar del Hombre Muerto, Luracatao y Tacuil, la gente de por aquí viajaban para el lado de Angastaco, Gualfin" (P.V., ANS, 2018).

La tercera y cuarta entrevista se realizó con el Sr. D.S., habitante de la población de El Peñón. D.S. es un poco más joven que los dos hombres entrevistados antes, pero sigue siendo de edad avanzada. Las entrevistas se realizaron en su hogar, a momentos sentados en el comedor o paseando por su propiedad. En cuanto al tópico de éste acápite, el Sr. D.S. describió una serie de rutas utilizadas por él para viajar desde El Peñón a Corral Quemado, llevando arreos de ovejas y llamas: "En Corral Quemado habilitaba un negocio. A Corral bajaba por Culampajá, Papa chacra, por Laguna colorada. Son tres caminos, tres rutas..." (D.S., El Peñón, 2018). Hacia los Valles Calchaquíes, utilizaba rutas que bordeaban el

lado sur del Volcán Galán, a diferencia de las mencionadas por P.V. (que son por el lado norte): “(A los valles calchaquíes) iba por Cavi, Aparoma, Lele, Pucará (Tacuil) y Angastaco y viajaba por la quebrada (De Atacamara)”. (D.S., El Peñón, 2018). Para el viaje entre El Peñón y Fiambalá, D.S. cuenta lo siguiente: “Los caminos de abajo de Carachipampa son el siglo de antes, yo lo e conocio así noma, hecho. Iba por Carachipampa, lago Almeda, Chuquisaca y Palo Blanco para ir a Fiambalá” (D.S., El Peñón, 2018).

Las referencias a viajes hacia y desde Chile están subrepresentados en las entrevistas realizadas. El señor A.C. contó haber cazado vicuñas en su juventud y haber vendido los cueros en Socaire, pero no aportó detalles acerca de las rutas utilizadas ni de los lugares de caza.

P.V., por otro lado, nos cuenta que “...A Chile viajaron los Farfan (¿una familia?), a Socaire, Peine. Los viajes que iban a Chile eran los que llevaban hacienda...” (P.V., ANS, 2018), pero tampoco aportó más detalles acerca de las posibles rutas utilizadas. Para completar la red de posibles rutas y poder visualizar la trama en de vínculos en conjunto, tomamos los itinerarios relevados por Marinka Núñez Srýtr (2011) a partir de entrevistas a arrieros chilenos y argentinos, así como los trabajos de Molina Otárola (2010, 2011), Morales (2018) y Morales et al. (2019).

Núñez Srýtr (2011) registró dos rutas como las más importantes para el tráfico intercordillerano de arrieros:

El camino Antofagasta de la Sierra - Tilomonte, también llamado Camino Antiguo, el cual transcurre mayoritariamente en dirección norte sur. Desde el lado argentino al chileno, el derrotero es el siguiente: empezando desde Antofagasta se continúa a la vega Quebrada El Diablo, aguada Las Quinoas, vega Potrero Grande, vega Cajeros, vega Aguas Calientes, cerro La Falda, Aguada y finalmente se ingresa a Chile por el Hito XXVIII del límite internacional. Este camino se podía recorrer en 11 jornadas sin arreo de animales, y entre 23 y 30 días con arreo de animales (Núñez Srýtr, 2011).

El otro camino es el llamado Camino a Antofagasta de la Sierra por Pular. El derrotero desde Argentina hacia Chile es el siguiente: Empezando en ANS, las paradas eran: Vega Calalaste, vega Colorados, Potrero Grande, quebrada de Antofalla, vega Caballo Muerto, vega Cori, sierra de la Casualidad, vega y estación de Arizaro, y finalmente ingresando a Chile por el Hito XXII, bordeando la vega y salar de Pular (Molina, 2011; Morales, 2018; Núñez Srýtr, 2011).

Vida en las áreas internodales

Los viajes se realizaban en distintos momentos del año, el Sr. P.V. nos cuenta que viajaban entre 4 y 5 veces al año, viajes cortos a los valles Calchaquíes o a Fiambalá. D.S., por otro lado, detalló que él realizaba viajes con animales en pie (y por lo tanto con

una logística más compleja y con tiempos de viaje más largos) en junio y julio, en pleno invierno, por ser la época en que el maíz estaba maduro (seco) en las poblaciones vallistas en donde realizaba los intercambios. En cambio, en Morales (2018) y Morales et al. (2019), los entrevistados por los autores describen que la época más favorable para los viajes transcorderos (tanto los familiares como los de arriería) era en verano, para evitar las nevadas y las inclemencias del clima.

Las paradas y los lugares de pernocte cuentan en algunos casos con casas, puestos estacionales abandonados o de parientes o amigos de los viajeros, o en algunos casos son sólo identificables por los restos de acampadas y objetos rotos o descartados. A.C. y M.C. nos contaron sobre un lugar al que llaman El Hotel, que si bien no cuenta con agua ni pasturas era común que se cruzaran viajeros y que pernoctaran ahí, compartiendo una comida y relatos u observaciones acerca del clima, los senderos y otros viajeros. Aparentemente el lugar tiene grabados los nombres de algunos viajeros en una roca, pero no pudimos registrar el lugar por el momento.

En cuanto a la vida diaria de los viajeros, el Sr. P.V. cuenta que, en una jornada normal, solamente se bebía agua al principio y al final de la jornada, y no se solía transportar agua potable durante el viaje. Las comidas también se concentraban a la mañana antes de partir y una vez terminada la jornada, a la tarde. Estas consistían en bienes secos tales como frangollo (maíz molido más grueso que la polenta), maíz mote hervido o tostado, sémola, charqui, pan y tortillas. Bienes industriales (como los enlatados y algunos licores) o artesanales (como aguardientes provenientes de los valles) eran consumidos con frecuencia, pero mucho menos que los alimentos secos antes detallados (P.V., ANS 2018). Tampoco se transportaba alimento para los animales, lo que da cuenta de la necesidad de que cada jornada de viaje pueda empezar y terminar en un lugar que tenga agua potable y pastos.

En algunos casos los lugares de pernocte estaban relacionados con espacios en los que se realizaban actividades internodales extractivas, como ser la caza, la preparación y extracción de minerales, el pastoreo estacional, la recolección de materiales leñosos y de hierbas (Nielsen, 2017). Respecto a esto, el Sr. A.C. cuenta que una actividad frecuente es recoger hojas de rica rica (*Acantholippia deserticola*), una hierba aromática de uso medicinal, en bolsones para su acopio y transporte durante los viajes a los valles ya que puede alcanzar un buen precio. Las sales explotadas son principalmente cloruro de sodio y otras sales usadas en la artesanía y en la vida doméstica tales como el alumbre y la coipa (García et al., 2002). Éstas se extraen de distintas fuentes de acuerdo a su uso deseado: La sal en grano para consumo humano se extrae de las lagunas Diamante y Pairique, formando con un rastrillo pequeños montículos de los cristales que se forman en el agua somera, de manera de permitir que éstos se sequen y puedan ser embolsados (A.C. y D.S., ANS y El

Peñón, 2018). La sal para consumo animal, más impura y con capas oscuras de residuos orgánicos de vega se extrae de las lagunas de Antofagasta y de Carachipampa (A.C., El Peñón, 2018). Ésta es cortada en bloques que facilitan su carga en animales. El alumbre se extrae de depósitos en las lagunas de Antofagasta y de Carachipampa, y la coipa (un carbonato de soda utilizado para lavar fibras y ropa, y para procesar el maíz blanco para mazamorra) de un depósito ubicado en la ladera de un cerro próximo a la población de ANS. En García y López (2004), las autoras recogieron detallados testimonios de habitantes de El Peñón sobre la organización de caravanas de burros para la carga de sal en la laguna Pairique, y su posterior comercialización y cambalacheo en los valles de Fiambalá y el Bolsón. Respecto a esto, el Sr. D.S. nos cuenta: “Tenía una tropa de 20 burros y 2 mulas, arriaba 10, a veces 12 mulas cargadas con sal que iba a vender, lana (...) y traía lo que me pedía la gente, hierro para hacer herraduras, ropa, todo, yo traía de todo. Bebida me pedían...” (D.S., El Peñón, 2018).

Como mencionamos antes, la caza de animales era también una actividad frecuente de los hombres jóvenes antes del endurecimiento de las fronteras en los años '80 y '90, ya que los cueros y el charqui de vicuña y chinchilla alcanzaban un buen precio en las poblaciones chilenas. Abeledo (2013) recoge en su tesis doctoral testimonios y correspondencia de exploradores y de autoridades estatales que dan cuenta de la importancia central de esta actividad en la vida de los y las puneños, tales como éste fragmento de una carta del que fuera el primer gobernador del Territorio de los Andes: “la venta de los cueros de chinchilla constituye el negocio más lucrativo de los habitantes del territorio que viven en él exclusivamente dedicados á esta caza” (Cerri, 1903 en Abeledo, 2013). El autor recoge observaciones de exploradores y autoridades estatales de principios del siglo XX, quienes caracterizaron a la caza de vicuñas como una actividad realizada a gran escala utilizando técnicas tales como el Chaku, mediante el cual se acorralaban numerosas vicuñas y según el relato del cronista, se mataban cantidades de animales que harían poco sustentable la actividad en un largo plazo. En cuanto a las chinchillas, se mencionan diferentes formas de captura mediante trampas en las madrigueras, el uso de perros y hurones amaestrados. En las entrevistas realizadas para este trabajo solo los Sres. A.C y P.V. afirman haber cazado, y de estos dos solo A.C. menciona la escala de la actividad: “...ahí hay unas aguaditas y ahí quedas espiondo...ahí nomás mata...hay que armar una cavadita, un escondite...” Pasaba semanas cazando vicuñas y charqueando, y vendían el charqui y el cuero en Chile (A.C., ANS, 2018).

En cuanto a los destinos comerciales, es decir las familias con las que se vinculan para hacer los intercambios y los negocios no fueron especificados en las entrevistas. Se mencionaron a otros viajeros de las poblaciones vecinas, pero no los vínculos individuales,

o en general las condiciones y contexto de los intercambios y compra-venta realizadas en destino. En el trabajo de García et al. (2002), las autoras realizaron numerosas entrevistas a habitantes de nuestra área de estudio cruzados con relevamientos censales de los archivos estatales, recogiendo que, por lo general, los viajeros intercambiaban con familias con las que se mantenían vínculos de parentesco de mayor o menor cercanía. En las entrevistas, sus informantes mencionan hospedarse e intercambiar con “conocidos”, “parientes” y “amigos”, categorías muy amplias y no fáciles de acotar con exactitud. Mediante el trabajo con información censal, las autoras pudieron observar que en muchos casos familias que se consideran “amigos” son realmente “parientes”. En García et al. (2002), las autoras concluyen que las relaciones comerciales y la gente que hospedaba y era hospedada en los viajes a larga distancia eran exclusivamente familiares o parientes cercanos, y que los padrinos se buscaban por lo general o bien dentro de la familia, o en personas de poder social relacionados al estado (como policías, autoridades, jueces). Sin embargo, en Morales et al. (2018), los autores recogen entrevistas a viajeros de poblaciones del norte de Chile y de Argentina (entre las que se encuentran ANS y El Peñón), en las que se menciona a padrinos, compadres y ahijados en poblaciones lejanas (incluso transcordilleranas) con los que se mantenían vínculos comerciales y con los que se realizaban intercambios periódicos. Con respecto a esto, en nuestra entrevista con el Sr. A.C y la señora M.C., nos contaron que “...yo (A.C.) tenía un padrino en Calama...me quería llevar, pero mi papá no a quiero (...) ...yo me estaba por morir, “yo tengo suerte para los ahijados” él dijo, el me echó la bendición y yo ya me he compuesto...” (A.C., ANS, 2018). Esto no busca contradecir lo relevado por trabajos anteriores, pero da cuenta del rol que puede haber tenido la institución del compadrazgo en la relación entre familias en lugares distantes.

Discusión

La relación de los puneños con el paisaje ha respondido a un estilo de vida íntimamente ligado a los ciclos naturales de la puna y a la complementariedad de recursos que les brinda. La vida pastoril, implica una movilidad trashumante y pauteada sobre el territorio, con el establecimiento y mantenimiento de puestos de pastoreo que posibilitan la rotación de los usos de las pasturas estacionalmente en un ciclo anual. Complementariamente, realizaban caza de animales silvestres, minería y cantería. Esto se enlazaba con una movilidad a nivel regional, caracterizada por la realización de viajes a mediana y larga distancia en los cuales se intercambiaban los productos y recursos obtenidos durante el año por recursos no disponibles en la Puna, productos de origen industrial, y dinero en metálico. En estos viajes se generaban y mantenían vínculos familiares, comerciales y de confianza con la gente de localidades alejadas, asegurando así la reproducción y continuidad de este sistema.

Figura 5: Mapa general con la información obtenida en las entrevistas, más dos rutas a Chile. Fuentes: Repositorio digital del IGN (Instituto Geográfico Nacional). Nuñez Stryr (2011). Mapa elaborado por el autor mediante el software QGis.

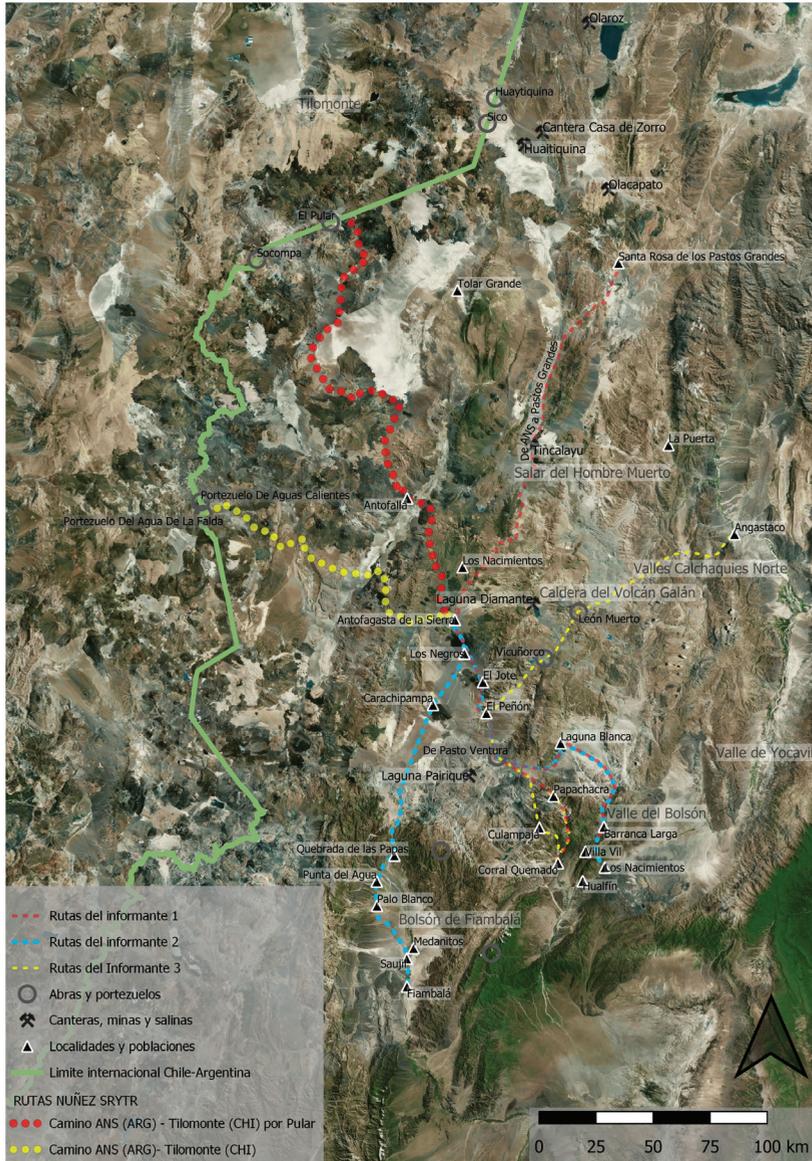


Figura 6: Mapa con senderos prospectados y estructuras asociadas. Mapa elaborado por el autor mediante el software QGIS.



Los itinerarios o derroteros se mantienen muy presentes en la memoria de los entrevistados, en forma de secuencias de topónimos “condimentadas” con anécdotas e historias personales y heredadas, referidas a peligros, esfuerzos, alegrías, amistades, y en muchos casos atravesadas por nombres o personajes pasados que las “inauguraron”, o marcaron de algún modo.

Esta forma de recordar y de relatar los itinerarios resultan de gran valor para la investigación y el registro de esta actividad ya que resulta posible trazar las rutas en un medio cartográfico localizando los parajes, portezuelos, y abras, lo que permite también establecer potenciales espacios en donde localizar sendas y estructuras asociadas. Lo mismo sucede con los espacios de actividad dentro del internodo, tales como los sectores de acampada (como Los Negros y El Jote), las fuentes de agua más o menos potables, las minas, canteras y salinas.

En nuestro trabajo con las entrevistas, los informantes mencionan la realización de viajes a Chile como algo que era frecuente en algunas familias de la zona hasta mediados del siglo XX, haciéndose cada vez menos frecuente a medida que terminaba el siglo. Los tres informantes con los que trabajamos no mencionaron haber realizado personalmente estos viajes, al menos no de manera periódica o de forma que dejara un recuerdo o impronta de las rutas utilizadas. Sin embargo, mencionan a familias que realizaban estos viajes, e incluso a grandes arreos de ganado en pie conducidas por “desconocidos”, gente que no estaba integrada en las redes de vínculos locales.

Para ampliar la red o trama vial local, tomamos dos rutas entre Tilomonte (Chile) y Antofagasta de la Sierra (Argentina) recogidas por Marinka Nuñez Srytr (2011) en entrevistas realizadas a habitantes del pueblo chileno de Peine y de los pueblos de Antofalla, Las Quinoas y Fiambalá en Argentina, y las geolocalizamos ubicando los topónimos en el espacio (Figura 5). El registro material relevado en las prospecciones realizadas en los corredores de tráfico dan cuenta de esta vida internodal: las marcas que los senderos dejan sobre el paisaje, las cuales se conservan en algunos casos y en otros fueron obliteradas por diversos agentes ambientales y antrópicos, las estructuras que jalaban estos senderos (demarcatorias y/o rituales), así como reparos expeditivos para pasar la noche o abrigarse del viento. Se observa la presencia por lo tanto de un *corpus* de rasgos relacionados al tránsito: senderos individuales, que soportaban un tráfico humano a pie o a lomo de mula o caballo, múltiples senderos que configuran ramales de decenas de metros de ancho, y senderos de patrón entrelazado (signo de que fueron realizados por tráfico de camélidos) y con trazas paralelas (indicador de tráfico de ganado bovino) (Pimentel, 2013). Relacionados a estas estructuras y rasgos, se recuperaron artefactos de origen histórico e industrial que dan cuenta de la continuidad en el uso de algunos de estos espacios internodales desde momentos prehispánicos, incluso del Periodo Formativo, pasando por mediados y finales

del siglo XIX, y finalmente hasta finales del XX. Asimismo, estos nos ofrecen un pantallazo a la vida internodal histórica, reflejando prácticas relacionadas al manejo de animales domésticos (una soga de atalaje, herraduras, un cencerro), y al consumo y descarte de productos de origen industrial (latas de conservas) y artesanal (botellas de origen industrial pero que probablemente contenían aguardiente artesanal).

El recorrer los senderos y habitar el paisaje implica la construcción y reconstrucción constante de una red de memorias viales, de carácter vivencial y material. Entiendo a esta red como una trama de recuerdos episódicos y de memoria espacial enlazado dialécticamente con lo material y apoyado en él, mediante marcas, toponimias y relatos que se reconstruyen con el recorrer y el aprender por las rutas de mano de un “tutor” o persona ya experimentada (generalmente los padres), siendo los individuos iniciados en esta práctica a corta edad. Por esto, entiendo a la construcción del recuerdo sensorial de los caminos como una metáfora de la construcción del recuerdo neuronal: un recorrido entre puntos y nodos que se construye y reconstruye, y requiere de reactivación constante para mantenerse. Recordar es recorrer el sendero de conceptos, sensaciones e imágenes, reconstruyendo el sendero en cada transcurrir; olvidar es perder las conexiones entre tales elementos (Ricoeur, 2000). Pimentel y Barros (2020) toman el concepto de “Thaki”, descripto por Abercrombie (2006/1998), el cual incluye una serie de fenómenos ontológicos expresados en metáforas del recorrer, en un análisis de representaciones en geoglifos del desierto de Atacama, destacando el carácter narrativo de la nemotecnia toponímica común a muchos mitos y relatos andinos, en los cuales las montañas, los valles, los ríos, se enhebran en una memoria geográfica que es actualizada en cada viaje.

Los recuerdos del recorrer son muy importantes para los ancianos y para la memoria social de los puneños: historias de esfuerzos, autosuficiencia y creatividad frente a la adversidad son narradas desde el orgullo, e incluso en algunos casos desde la nostalgia. Esperamos que en futuros trabajos se puedan plasmar de manera colectiva y en vínculo con las comunidades los aspectos sociales y biográficos individuales que son la urdimbre de estas narraciones.

Agradecimientos

Agradezco a los Sres. A.C., P.C., y D.S. y a sus familias por compartirnos sus invaluable narraciones acerca de la vida en los caminos. A los Dres. Gonzalo Pimentel y Alvaro Martel por la lectura minuciosa de este trabajo, y por la dirección, las lecturas y el trabajo de campo que tan generosamente comparten. A Anita Muntaner y a Soledad Martínez por las lecturas críticas. Mis cariños a Luis Monti, su familia y amigos. Esta investigación se financió con una Beca Doctoral del CONICET en el marco de los Proyectos PIP 577, dirigi-

do por C. Aschero; PIUNT 26/G503, dirigido por M. P. Babot y FONCYT-PICT 2015-2067, dirigido por A. Martel.

Notas

- ¹ Una descripción detallada del conjunto material y de los análisis realizados sobre el mismo puede encontrarse en una Tesina de grado inédita (Zamora, 2019) y en Martínez y Zamora (en prensa).

Bibliografía

- Abercrombie, T.A. (2006). *Caminos de la Memoria y el Poder*. Institut Français d'Études Andines, Instituto de Estudios Bolivianos-IEB, Cooperación ASDI-SAREC.
- Abeledo, S. H. (2013). *Pastores de los Andes Meridionales. Sistemas tradicionales de intercambio y sus transformaciones en Santa Rosa de los Pastos Grandes (Los Andes, Salta)* [Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires].
- Ananchev, G. (2013). Perceptions of landscapes of movement: phenomenology and the archaeology of roman roads. *Environmental and Architectural Phenomenology*, 24(3), 14-19.
- Berenger, J. & Pimentel, G. (2017). Introducción al estudio de los espacios internodales y su aporte a la historia, naturaleza y dinámica de las ocupaciones Humanas en zonas áridas. Estudios Atacameños, *Revista de Arqueología y Antropología surandinas*, 56, 3-11.
- Berenguer, J. (1994). Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el norte de Chile: El caso de Santa Bárbara. En M. E. Albeck (Ed.), *De costa a selva: Intercambio y producción en los Andes Centro-Sur* (pp. 17-50). Instituto Interdisciplinario Tilcara, Universidad de Buenos Aires.
- Duffait, E. (2012). Vías prehispánicas y culto de los muertos en el Norte Chileno (Arica-Tarapacá) durante el período intermedio tardío y el horizonte tardío (ca. 1000-1532 D.C.). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 44(4), 621-635.
- García, S. P., Rolandi, D., López, M., & Valeri, P. (2002). Viajes comerciales de intercambio en el departamento de Antofagasta de la Sierra, Puna meridional argentina: pasado y presente. *Redes – Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, 2(5), 1-24.
- García, S. P. & López, M. (2004). Sal, pasas, lana. Redes de comercio y trueque entre criollos del oeste de Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXIX, 339-348.
- Guber, R. (2001). *La Etnografía. Método, Campo y Reflexividad*. Grupo Editorial Norma.
- Göbel, B. (2003). La arquitectura del pastoreo: Uso del espacio y sistema de asentamientos en la puna de Atacama (Susques). *Estudios Atacameños*, 23, 53-76.
- Ingold, T. (2000). *The Perception of the Environment: Essays on Livelihood, Dwelling and Skill*.

Psychology Press.

- Ingold, T. (2011). *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Routledge.
- Martel, A. R. (2014). Aguas Calientes. Evidencias directas de tráfico caravanero entre la Puna meridional y los Valles Calchaquíes. *Estudios Sociales del NOA*, 13, 103-124.
- Martel, A. R., Zamora, D., & Lepori, M. (2017). Tráfico y movilidad caravanera en la Puna catamarqueña. Una mirada internodal. *Estudios Atacameños, Revista de Arqueología y Antropología Surandinas*, 56, 197-223.
- Martínez, M. S. & Zamora, D. (en prensa). Arqueología republicana en Antofagasta de la Sierra, Puna de Atacama: un abordaje desde los espacios internodales y espacios domésticos. *Estudios Atacameños, Revista de Arqueología y Antropología Surandinas*.
- Morales, H., González, L., Dibona, G., Vilches, J.C. & Azócar, R. (2018). Viajes e intercambios entre las comunidades argentinas y chilenas en la puna atacameña (segunda mitad del siglo XX). *Revista Chilena de Antropología*, 37, 249-266.
- Morales, H., Garcés, A., González, L., Dibona, G., Vilches, J.C. & Azócar, R. (2019). Del viaje familiar hasta los grandotes: Mercancías, comunidad y frontera en la puna atacameña del siglo XX. *Dialogo Andino*, 59, 21-35.
- Molina Otárola, R. J. M. (2010). *Collas y Atacameños en el desierto y la puna de atacama y el valle de Fiambalá: sus relaciones transfronterizas* [Tesis Doctoral. Universidad Católica del Norte].
- Molina Otárola, R.J.M. (2011). Los otros arrieros de los valles, la puna y el Desierto de Atacama. *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, 43(2), 177-187.
- Nielsen, A. (2000). *Andean caravans: An ethnoarchaeology* [Tesis doctoral, University of Arizona].
- Nielsen, A. (2006). Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En H. Lechtman (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en los Andes Sur Centrales* (pp. 29-62). Instituto de Estudios Peruanos e Institute of Andean Research.
- Nielsen, A. (2017). Actualidad y potencial de la Arqueología internodal surandina. *Estudios Atacameños*, 56, 299-317.
- Núñez Srytr, M. (2011). Rutas, viajes y convidados: territorialidad peineña en las cuencas de Atacama y Punta Negra. En L. Núñez y A. Nielsen (Eds.), *En Ruta. Arqueología, Historia y Etnografía del Tráfico Sur Andino* (pp. 373-398). Encuentro Grupo Editor.
- Pimentel, G. (2009). Las Huacas del Tráfico. Arquitectura ceremonial en rutas prehispánicas del Desierto de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, 14(2), 9-38.
- Pimentel, G. (2013). *Redes Viales Prehispánicas en el Desierto de Atacama. Viajeros, Movilidad e Intercambio* [Tesis doctoral, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá].
- Pimentel, G. & Barros, A. (2020). La Memoria de los senderos andinos. Entre Huacas, diablos, ángeles y demonios. *Boletín Museo Chileno de Arte Precolombino*, 25(1), 201-225.

- Ricoeur, P. (2000). *La Memoria, la Historia, el Olvido*. Trotta.
- Szremski, K., Weaver, B., Levi-Lazzaris, G., Wernke, S., Shakow, M., Tung, T., & Dillehay, T. (2009). *Materiality, ontology, and the Andes. The Vanderbilt-Chicago-Harvard Workshop for Andean Anthropology 2009*. https://www.academia.edu/5263847/The_Vanderbilt_Chicago_Harvard_Workshop_for_Andean_Anthropology_2009_MATERIALITY_ONTOLOGY_AND_THE_ANDES
- Thomas, J. (2001). Arqueologías de lugar y paisaje. En I. Hodder (Ed.), *Archaeological Theory Today* (pp.165-186). Polity Press.
- Tilley, C. (1994). *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*. Berg Publishers.
- Witcher, R. (1998). Roman roads: phenomenological perspectives on roads in the landscape. En C. Forcey, J. Hawthorne y R. Witcher (Eds.), *Proceedings of the Seventh Annual Theoretical Roman Archaeology Conference* (pp. 60-70). Oxbow.
- Zamora, D. (2019). *La Memoria y los Senderos: Investigación internodal de las vías de circulación en las áreas de Antofagasta de la Sierra y El Peñón, entre mediados del S. XIX y finales del S. XX* [Tesis de grado inédita, Universidad Nacional de Tucumán].



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución
- NoComercial - SinDerivadas 2.5 Argentina.